

II

LAS FUENTES DEL HUMANISMO SOCIALISTA

por Iván Sviták

Iván Sviták nació en 1925 en Hranice, Checoslovaquia. Terminó sus estudios secundarios en Praga y fue incorporado a una cuadrilla de trabajos forzados en una fundición de acero. Después de la guerra, militó políticamente en el movimiento estudiantil socialdemócrata mientras se doctoraba en derecho en la Universidad Carolingia de Praga y en ciencias políticas en la Universidad de Ciencias Políticas. Después de graduarse disertó sobre historia de la filosofía en esa Universidad (1950-1954), escribió un libro de texto sobre historia de la filosofía, y compiló un manual filosófico. También escribió tres obras destinadas a popularizar el ateísmo: *Contemporary Problems of Atheism*, *The Marxist Classics on Problems of Religion*, y *How to Overcome Religion*. Fue miembro del Instituto Filosófico de la Academia Checoslovaca de Ciencias de Praga, trabajó en radio y televisión y colaboró con varios conjuntos experimentales de teatro, tradujo a Marx, Scheler, Diderot y Camus, y escribió numerosos artículos.

“¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos?” Estas tres sencillas preguntas constituían el título de un cuadro pintado por un artista que, en las postrimerías del siglo pasado, abandonó Europa, no porque prefiriera el vacío idilio de las islas de Tahití, sino porque quería indagar las actitudes de la vida que, al plantear interrogantes de índole primitiva, podían engendrar infinitas paráfrasis del problema clave vinculado con el sentido de la vida. Así, el artista Paul Gauguin, despojado de ambiciones filosóficas, religiosas o científicas, planteó las mismas preguntas que constituyen el problema clave de todas las religiones del mundo y el concepto básico de todas las filosofías pasadas del hombre, así como el contenido medular de todo humanismo.



¿Quién es el hombre? La respuesta a esta sencilla pregunta de Gauguin es muy difícil, y al mismo tiempo muy importante. En verdad es imposible definir científicamente los instrumentos más generales del pensamiento humano, o sea las categorías, precisamente porque son categorías, o nociones muy generales. Son tan básicas y fundamentales que sólo están subordinadas al concepto del ser, de modo que una auténtica definición sólo podría estipular que las categorías existen. Esto en sí carecería de sentido, y como definición sería absurda. Lo mismo se puede decir del hombre, no sólo porque es la categoría de todas las categorías, sino porque él mismo es el creador de éstas. Está simultáneamente en ambos polos de la definición: es tanto *definiens* como *definiendum*. Si a pesar de ello deseamos definir al hombre, la mejor manera de hacerlo consistirá en recurrir a su historia. *El hombre es una historia de sus propias definiciones, la determinación de sí mismo*. Hasta ahora, las múltiples definiciones propuestas en función de la historia y del desarrollo de la comprensión que el hombre tiene de sí mismo; armonizan, en cierta medida, con la historia de las formaciones sociales. La imagen que el hombre ha creado de sí mismo varió, porque el hombre ha reflejado el mundo y su propia existencia en el mundo en distintas formas, las cuales dependen de la índole de sus relaciones sociales. Aunque desde el punto de vista biológico el *homo sapiens* permanece inalterado, su conciencia de sí mismo y su autocomprensión se modificaron siguiendo el ritmo de su organización social cambiante. Los monumentales autorretratos del hombre y su comprensión del proceso histórico de su propio desarrollo intelectual continúan *siendo, hasta cierto punto, el núcleo palpitante de las ideologías de masas y el concepto básico que anima tanto a estas ideologías como a las artes, la religión y la filosofía. El homo peccator, concepto esencial del cristianismo; el homo faber, centro de la doctrina liberal; y la visión socialista del hombre no alienado, total, constituyen distintas respuestas al antiguo interrogante del sentido del hombre.*

El conocimiento de las diversas respuestas al problema del hombre —aquellas habituales en Oriente y Occidente, así como las tradicionales respuestas cristiana, liberal y socialista— constituye la premisa para el entendimiento mutuo. En el diálogo entre las ideologías, durante el cual se oven a menudo re-



proches por la ausencia del humanismo, es importante recordar que el marxismo emana de las mismas fuentes clásicas del humanismo europeo de los siglos XVIII y XIX de donde surgen las tradiciones no marxistas y no socialistas. La consideración de esta fuente común y de este nexo entre las distintas ideologías humanistas —la consideración del hombre como valor central de la historia— es hoy más importante que el estudio de las diferencias entre los diversos tipos de humanismo.

El humanismo socialista no se desarrolló obedeciendo al ciego mecanismo de la historia económica, sino resolviendo los problemas "externos" del hombre y su significado en el universo. Si bien el desarrollo del hombre puede parecer predeterminado por la solución de los problemas sociales de la sociedad industrial, ésta es en verdad una ilusión. Reducir el movimiento socialista y su concepto del hombre a la realización de la reforma y la revolución sociales implica subestimar una importante dimensión del socialismo: su fin humanista. La génesis del pensamiento humanista fue la consecuencia del desarrollo del humanismo europeo, tradición ésta que implantó su raíces más profundas en la antigua Grecia, el Renacimiento y el Iluminismo.

El prólogo al humanismo marxista

Durante muchos siglos de la era cristiana, el concepto de hombre estuvo subordinado a la idea del dualismo de cuerpo y alma. La antropología era una disciplina teológica que orientaba su mayor interés hacia la relación entre el hombre y Dios, a pesar de que los conocimientos acerca del alma eran mucho menores que los que se habían acumulado acerca del cuerpo humano. Entonces, en el siglo XIX, apareció Ludwig Feuerbach. Conservando el concepto secular del Renacimiento y el Iluminismo, Feuerbach invirtió el enfoque teológico y proclamó que el hombre es Dios, convirtiéndose así en uno de los descubridores del hombre moderno.

La antropología de Feuerbach, una ciencia universal del hombre, constituye la culminación del humanismo pre-marxista. Representa un punto de evolución histórica en el que el conocimiento filosófico desembocó en una formulación del alcance



y objetivo del estudio de la raza humana: una teoría del hombre. El concepto materialista de Feuerbach contradecía radicalmente el concepto espiritualista cristiano, porque su punto de partida no era una *noción* abstracta del hombre sino el *hombre concreto*. La filosofía especulativa colocaba la esencia del hombre fuera de éste; el sistema de Hegel ubicaba incluso el pensamiento fuera del hombre, y lo convertía en una sustancia no humana especial. Desafiando esta filosofía, que aliena al hombre de su esencia, Feuerbach vio al hombre como un ser sensitivo y esbozó el concepto colosal de una tríada dialéctica en la cual el hombre primitivo, que vive armónicamente con su esencia natural, atraviesa el período de la alienación religiosa y se convierte en víctima de su propia proyección hasta que la necesidad de volver a sí mismo provoca su reintegración.

En el caso de Feuerbach, el humanismo filosófico no tomó como base la especulación —tal como lo había hecho durante casi toda su historia— sino más exactamente una unión con el conocimiento adquirido por las ciencias naturales. Feuerbach afirmó que se debe interpretar al hombre como un ente, no como un ego pensante; debe convertirse en un agente personalizado, práctico, activo. Allí donde los sistemas anteriores habían fusionado siempre el ego con algún acto de conciencia intelectual, Feuerbach liberaba al hombre concreto en toda su realidad, no sólo en su pensamiento. Y en este “humanismo real” se asentaba la posición teórica básica del marxismo y el socialismo posteriores.

En el sistema de Feuerbach, los elementos del materialismo “vulgar” se combinan con una profunda comprensión filosófica del hombre; la vaga anticipación del socialismo como solidaridad humana se suma a la solución utópica del renacimiento del hombre a través del amor; la relación mística entre el hombre-Dios y sus semejantes se vincula con la comprensión objetiva, realista, de la importancia que tienen las relaciones humanas concretas. La vaga visión del amor y la comunión de los corazones humanos constituye el punto de partida de un camino que conduce a una comprensión científica del hombre. La conclusión de los *Principios de la filosofía del futuro* de Feuerbach proclama la necesidad de abandonar por completo la especulación, y éste es el comienzo del futuro humanismo de Carlos



Marx. El hombre total —el hombre total pensante, sensible, amante— se convierte en el tema de la nueva filosofía y de la antropología atea, humanista.

El concepto de Feuerbach se abrió paso entre los restos no sólo de la abstracción hegeliana, sino de todas las otras, y su importancia se multiplica cuando comprendemos que en Feuerbach el amor es una forma modificada del amor cristiano al prójimo. Para Feuerbach, el amor es no sólo la felicidad sensual sino también la definición misma de la ubicación social del hombre, una expresión de su sustancia, de su unidad con otros hombres. El hombre de Feuerbach siempre existe en una unidad dialéctica de "Yo y Tú", o, para ser más exactos, el hombre en sí es "Yo y Tú". *El hombre se define como una relación.* Por primera vez en la historia de la antropología filosófica, el hombre es identificado como una *relación* constantemente *cambiante*. El *Yo* está firmemente arraigado en el *Tú*. Las relaciones humanas concretas que nos presenta la filosofía de Feuerbach no son tan fructíferas como la posterior concepción de Marx que define al hombre como la suma total de las relaciones sociales. Pero, no obstante, asentaron los cimientos para esta concepción.

Feuerbach transformó el amor en una categoría humana concreta, y lo convirtió en un aspecto importante de su hombre total. Pero a pesar de que se esforzó por arribar a un concepto concreto, permaneció prisionero de un culto abstracto del hombre, incapaz de explicarlo en *todos* sus aspectos sociales. En el estrecho concepto de Yo y Tú, entendió muy concretamente al hombre en el terreno de sus relaciones sexuales y familiares. Sin embargo, éste fue el único aspecto verdaderamente concreto que logró captar. El hombre como un todo continuaba siendo una especie de hombre-Dios indefinido y deificado. Y cuando el proceso histórico, que bregaba en dirección a una sociedad socialista, reemplazó al método utópico para materializar el amor entre los pueblos, las teorías de Feuerbach dejaron paso a la práctica revolucionaria de los mismos pueblos. La expresión teórica de esta nueva etapa del humanismo fue una comprensión histórica, materialista y dialéctica del hombre y del papel que éste desempeña en la transformación del mundo.



Principios fundamentales del humanismo marxista

En la primavera de 1844 un inmigrante alemán de veintiséis años, llamado Carlos Marx, formuló por primera vez en París este nuevo tipo de humanismo. Su manuscrito inconcluso corrió la suerte más dramática que pueda estar reservada a un libro. Aún hoy, cualquier referencia a los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, de Marx, despierta el interés de todos los marxistas, ya sean ortodoxos o no. La esencia de esta obra se puede expresar en los siguientes términos: *El Comunismo sin humanismo no es comunismo y el humanismo sin comunismo no puede ser humanismo*. Del fárrago de la prosa hegeliana y feuerbachiana en la que Marx escribía entonces, emergen por lo menos tres conceptos importantes acerca del hombre, que forman la base del humanismo marxista. En conjunto componen una tríada histórica del dramático proceso del desarrollo de la raza humana, proceso éste que siguen desde el estado de ente natural y a lo largo de su evolución social hasta su propia libertad; desde la alienación de su base humana y a lo largo de la superación de la alienación hasta la meta de la historia, el comunismo; desde la naturaleza y a lo largo de la inhumanidad hasta la humanidad. Los grandes contornos del cuadro que Marx trazó de la autocomprensión y autorrealización del hombre se elevan por encima de todos los frutos de las teorías del Iluminismo, ya sea en su rama mecanicista-materialista francesa o en su rama hegeliana, alemana e idealista. Marx trasciende los límites de la sociedad burguesa dentro de los cuales había permanecido encerrada hasta entonces incluso la ideología democrático-burguesa más radical, y supera el concepto del hombre como individuo separado.

Para proporcionar una imagen completa de la forma en que Marx entendió la antropología, es necesario recurrir a sus obras posteriores. Limitar la filosofía marxista del hombre a las obras del joven Marx implicaría falsear el humanismo de Marx. Desde que Landshut intentó introducir la ética en la antropología, los críticos antimarxistas han "teologizado" el concepto del hombre elaborado por Marx. Interpretaron equivocadamente el significado de la marcha del hombre a partir de la libertad primitiva y a lo largo de la alienación hasta



la libertad futura, como la caída del hombre, su penitencia y su salvación. Pero cualquier interpretación de Marx que no armonice con el espíritu de la ciencia contemporánea no es correcta, ya implique un concepto ideológico del socialismo ético, de la teología, del revisionismo o del dogmatismo ortodoxo. Y, al mismo tiempo, cualquier concepto que excluya del comunismo la base humanista del joven Marx, ya sea para favorecer la mecánica de las fuerzas económicas, la lucha de clases, el interés de la clase gobernante, o el poder del Estado contemporáneo, constituye un concepto antihumanista y antimarxista, cualquiera sea la fraseología a la que recurra.

La imagen que Marx presenta del hombre difiere cualitativamente de las ideas filosóficas anteriores, sobre todo en el concepto del hombre como sujeto activo, como su propio creador, que lucha contra las formas de alienación y se realiza a sí mismo. Es necesario destacar este cambio radical, sin negar que la rama existencialista del pensamiento filosófico ha gestado aun otro concepto del hombre. La antropología dialéctica de Marx no es definitiva, porque el conocimiento, que se convierte en parte de la ciencia, está sujeto a la crítica del tiempo, y porque el progreso continuo de la ciencia lo trasciende. En consecuencia, las obras de Marx no constituyen la culminación de la historia de la antropología y el humanismo, sino una etapa clave, a partir de la cual continúa la tipología antropológica. La característica más importante de la antropología dialéctica consiste en la constante expansión del concepto de hombre, a medida que el modelo se hace más y más complicado. La serie de cambios que el concepto de hombre ha experimentado en la filosofía durante los últimos seis mil años se prolonga después del mismo Marx en forma de curva exponencial. Es posible imaginar el desarrollo del conocimiento científico acerca del hombre como una curva que asciende bruscamente, trepando hacia el futuro abierto, como el mismo hombre.

El concepto de humanismo elaborado por Marx introdujo un cambio fundamental en la historia del humanismo, porque implicó más que la simple especulación de la filosofía alemana de la época. Trascendió las filosofías más antiguas y creó una base social e histórica antilusionista, antiideológica, para



la antropología científica. Entre otras cosas, *puso punto final a la filosofía del hombre al asentar la base para una ciencia del hombre.*

Marx formuló las premisas del humanismo, fundadas sobre una antropología *científica*. Naturalmente, un siglo después de Marx, existen varias ramas específicas de la ciencia que no habían aparecido en la segunda mitad del siglo pasado o que aún tenían poca importancia. La antropología y el humanismo científicos tienen una nueva base empírica, si bien las ideas y los conceptos de la teoría de Marx no han perdido su validez. Como descubridor del verdadero mecanismo de la alienación humana, Marx coincide básicamente con la ciencia contemporánea, con la interpretación del hombre como un proceso, un sistema abierto, un equilibrio inestable. La ciencia moderna está llenando los contornos del hombre que el joven y versátil genio esbozó con solidez dialéctica durante una primavera parisina. La filosofía marxista es un producto orgánico de la cultura europea y de un concepto europeo, o sea clásico y humanista, del hombre. Si la filosofía marxista desea empezar a formular el concepto humanista socialista del hombre y a exponer las ideas contenidas en los manuscritos de Marx, deberá hacerlo ateniéndose no sólo a la herencia clásica del concepto pre-marxista del hombre, sino también a la ciencia contemporánea. Los filósofos marxistas saben que aún deben dar a la pregunta "¿Quién es el hombre?" una respuesta más detallada que la que aparece en los lineamientos generales formulados hace ciento veinte años por un joven filósofo alemán.

La antropología científica como base del humanismo socialista

En los últimos años, el culto de la personalidad impulsó a descuidar y deformar en la filosofía marxista los problemas del humanismo teórico. La filosofía del materialismo dialéctico no asimiló suficientemente los logros de la ciencia social contemporánea. Al evaluar la antropología filosófica contemporánea y el existencialismo, las obras de Roger Garaudy, Adam Schaff y Karel Kosík constituyen un importante ade-



lanto en el análisis total del problema, pero ni siquiera estos mismos autores creen que sus conclusiones sean definitivas. La historiografía marxista aún no ha hecho frente a las obras de Kierkegaard, Husserl y Scheler.

Durante los últimos cien años las ciencias naturales se han especializado tanto, que el cúmulo de conocimientos que se refiere al hombre ya constituye varias ramas separadas de la ciencia. A las diversas antropologías filosóficas, se suman por lo menos ocho ramas especiales de la antropología que encaran la realidad del hombre recurriendo a métodos *científicos* así como a la reflexión filosófica. Si existe en el humanismo un punto de partida fiel a Carlos Marx, éste es el que procura extraer conclusiones acerca del hombre sobre una base más firme que la que proporcionan los razonamientos filosóficos; en síntesis, sobre la base de la ciencia. La aportación de Marx consistió en demostrar hasta qué punto eran estériles las pretensiones de los metafísicos que aspiraban a captar el mundo en su totalidad y a explicarlo en su integridad. Marx probó que ninguna antropología *filosófica* puede explicar eficazmente al hombre desde un punto de vista científico. Es necesario someter al hombre al escalpelo analítico del método científico, capaz de descubrir los tejidos biológicos, psicológicos, históricos y sociales de la existencia humana, y de dar a la filosofía el material imprescindible para formar una síntesis. En el siglo XX, el humanismo debe estar complementado por el análisis científico del hombre.

En la medida en que las ramas principales de la ciencia aportaron abundantes conocimientos acerca del hombre, podemos hablar de la antropología física, biológica, psicológica, sociológica, cultural, económica y etnográfica, cada una de las cuales responde al interrogante acerca del hombre recurriendo a sus métodos especializados. Sin exceder los límites de su propia metodología, estas ciencias estudian el origen del hombre, sus rasgos específicos comparados con los de los animales, su personalidad como creador de cultura, su historia, relaciones sociales, ecología, posibilidades económicas, etc. Se han elucidado en distinta medida los problemas aislados: algunos constituyen metas de largo alcance para una futura síntesis antropológica, en tanto que para otros ya existen materiales detallados y hasta cierto punto generalizados. Los datos



biológicos, históricos, sociológicos y psicológicos permiten presentar los descubrimientos más importantes del conocimiento contemporáneo acerca del hombre en forma de *ciencia sintética* —antropología— y constituir un acervo de conocimientos suficientemente vasto en el que pueden abreviar el humanismo moderno y la teoría filosófica.

En el terreno de la biología contemporánea han salido a luz conocimientos totalmente nuevos: se ha demostrado que el hombre es un ente abierto, no especializado, producto de un ritmo específico de crecimiento (tal como lo describió A. Portmann), que constituye un caso único en el desarrollo de la vida y que es capaz de ocupar un lugar muy especial en el mundo animal. La biología ha probado que el primer año de vida del hombre constituye una etapa extraordinariamente importante de su crecimiento, similar a la que en otros mamíferos corresponde al desarrollo del embrión en el seno materno, y que el período de asimilación de conocimientos, que es excepcionalmente prolongado en el hombre, produce un ritmo peculiar de vida en relación con la madurez sexual y el ciclo de reproducción, todo lo cual sugiere que la diferenciación del hombre respecto de los animales tiene bases biológicas.

De igual modo, la psicología moderna, que en sus dos ramas, la pavloviana y la freudiana, ha modificado sustancialmente la antigua imagen del hombre como individuo racional al demostrar que está gobernado por muchas fuerzas además de la conciencia, ha aportado datos revolucionarios acerca del hombre. Cualquiera sea la terminología empleada, los psicólogos siempre ven al hombre como un ente con estratos múltiples, entre los cuales la razón no es el más importante. Se interpreta que el hombre cambia constantemente, y se toman en consideración todos los múltiples papeles que asume el individuo en el curso de su desarrollo. La psicología de la personalidad, junto con la psicología social, sondean la estructura de la naturaleza humana y proporcionan simultáneamente muchos datos empíricos.

Después de la biología y la psicología, la sociología es la rama de la ciencia que ha hecho los descubrimientos más importantes acerca del hombre. Las palabras de Aristóteles sobre la sociedad humana asumieron un nuevo significado cuando



Marx enfocó al hombre como un conjunto de relaciones no sólo personales sino también sociales. Al mismo tiempo, el concepto del hombre como miembro de una clase colectiva —la nación, la familia, o un grupo social mayor o menor— permitió comprender el aspecto social de la existencia humana y la importancia creciente que tienen los grupos en la vida del hombre moderno. Clases sociales íntegras aceptaron la idea revolucionaria de que para cambiar al hombre es necesario provocar un cambio en las relaciones sociales dadas, y de que el programa para transformar el mundo armoniza con la evolución de la sociedad. El hombre se descubre a sí mismo como el creador consciente de relaciones sociales, y, gracias a Marx y Freud, sabe ahora que, como consecuencia de la alienación, no ha sido más que un juguete en manos de fuerzas que no comprendía. Este conocimiento más completo del hombre no subsiste como el privilegio de una minoría, sino que se ha convertido en la teoría de la práctica viviente, humana, transformadora. El hombre sabe ahora que “pensar implica cambiar”, como dijera tan acertadamente Bertolt Brecht.

La antropología científica empieza a formular sus primeras respuestas al problema de la existencia humana, y otorga a los antiguos pensadores los méritos que les corresponden. El hombre es un ente abierto, una personalidad, y la suma de sus relaciones. Se originó en la naturaleza, en la historia, en el desarrollo de las sociedades y culturas; marcha hacia un mundo humano, hacia el dominio de la tecnología, hacia la creación y la metamorfosis de sí mismo en el tiempo. “¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?” Venimos de la historia; somos personas; vamos a encontrarnos con nosotros mismos. Éstos son los prolegómenos de la antropología científica para el humanismo socialista, para la filosofía del hombre, para la filosofía de la libertad del hombre.

El futuro del humanismo

Naturalmente, es imposible reducir el humanismo socialista a los datos empíricos de las ciencias, porque también se preocupa por el problema de los valores y por una visión del futuro de la humanidad que trasciende la ciencia.



Pierre Lecomte du Noüy nos dice que el futuro del hombre es el único trascendentalismo que queda a los materialistas que niegan a Dios. Coincidimos en que el problema del futuro de la humanidad es por cierto uno de los más importantes. Los pensadores religiosos imaginaron que de algún modo la historia de las personalidades, de las naciones y de toda la humanidad estaba predestinada. Por consiguiente, la cuestión del objetivo de la historia o del futuro del hombre estaba desprovista de sentido, porque la historia era una revelación de los fines divinos. En los últimos años del Iluminismo, prevaleció una fe acrítica en el progreso de la humanidad, pero los seres del siglo XX trascendieron esa fe, sólo para bregar con más energía por su propio futuro racional como única alternativa frente a la destrucción total. El mundo de mañana es un mundo moderno sin guerras, un mundo de enriquecimiento mutuo de las culturas. El futuro de la humanidad estará condicionado por el dominio de la tecnología, del desarrollo económico, de la automatización del proceso productivo, y por la irrupción de las ciencias en el ámbito cotidiano del hombre, lo cual quizás liberará al hombre para la creación y transformará así su modo de vida. Esta perspectiva de abundancia económica y de una sociedad sin clases presenta una visión cuyos contornos se pierden para el hombre de ciencia en el espacio del cosmos y en el abismo del tiempo, allí donde la ciencia permanece muda y el filósofo y el poeta dicen la última palabra.

Es entonces cuando comienza la verdadera filosofía, porque allí nace un área del raciocinio que la ciencia no puede abarcar. Allí la antropología científica se transforma en humanismo activo y concreto, en actividad humana práctica que conduce al mundo hacia el socialismo. Pero la esencia del socialismo no es la multiplicación de la riqueza material, sino el pleno desarrollo del hombre y su liberación. Tanto los antiguos utopistas como los científicos modernos han imaginado una sociedad socialista donde el hombre pueda desarrollar libremente su talento y su razón, donde pueda cultivar sus sentimientos y percibir la riqueza y la hermosura del mundo. El socialismo ha sido siempre un concepto de la más vasta libertad para el hombre. Marx imaginó la sociedad futura como una materialización de las ideas humanistas del pasado, como



el verdadero comunismo, que emancipa al hombre. Si el socialismo no da vida a las ideas de las cuales emanó, no podrá dársela al programa de Marx. El marxismo es un programa de libertad humana; si no lo es, no es marxismo.

La garantía del futuro humanista del socialismo reside sólo en el mismo pueblo, en sus actos. Contrariamente a lo que sucedía en los siglos pasados, cuando el hombre era arrastrado a través de la historia como un sacrificio a sus propias necesidades, cuando era un objeto pasivo en manos de fuerzas sociales ciegas, constantemente azotado por la guerra, el hambre y la opresión, el siglo XX ofrece al hombre una oportunidad para gobernar la historia. Sólo en nuestro siglo la gente comprendió que es posible cambiar el mundo. Si los hombres asumen esta tarea con plena conciencia, no atentarán contra sus propios intereses, no crearán una sociedad de robots mecanizados y autómatas prefabricados, sino que bregarán por el contenido humano de la sociedad futura. Las actitudes presentes de los hombres, su convicción de que el socialismo no existe sin humanismo, tienen una importancia superlativa. El socialismo se preocupa no sólo por el desarrollo de las fuerzas productivas y la tecnología, sino también por el contenido de las relaciones sociales, los problemas humanos y el carácter del hombre. Si la mayor tecnología no está acompañada por un cambio en las relaciones humanas, sólo podrá engendrar el tenebroso futuro de 1984 de George Orwell, pero no el socialismo. La tecnocracia inhumana de la pesimista utopía de Orwell representa un mundo que ha perdido su tradición humanista. El socialismo no puede renegar de esta tradición sin renunciar a la razón de su existencia y a sus raíces. Los mismos hombres son los responsables del humanismo socialista, y nadie puede arrebatarles esta responsabilidad: ni una personalidad fuerte, ni las armas, ni las instituciones, ni la perfección técnica. Sólo los hombres, con sus actos, pueden responder por el contenido socialista del humanismo.

